

CAY RADEMACHER

Autor de **EL ASESINO ENTRE LOS ESCOMBROS**

VIENTO MORTAL

Traducción:

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

Il est midi, le jour lui-même est en balance.

ALBERT CAMUS

Personajes

Roger Blanc: Capitán de la gendarmería de París con una carrera y una vida que descarrilan y van a parar a la Provenza.

Marius Tonon: Eterno teniente a quien casi todos sus compañeros prefieren evitar.

Fabienne Souillard: Especialista en informática a quien o el cielo o la burocracia han enviado al Midi.

Nicolas Nkoulou: Comandante de la gendarmería de Gadet que tiene los ojos puestos en una ciudad mucho mayor.

Barressi: Cabo que no sería precisamente el más rápido de Gadet, ni en cuerpo ni en alma.

Jean-Charles Vialaron-Allègre: Secretario de Estado de París con más vínculos en la Provenza de los que le gustaría a Roger Blanc.

Aveline Vialaron-Allègre: Jueza de instrucción amante del riesgo y esposa del secretario de Estado.

Fontaine Thezan: Forense de Salon-de-Provence que fuma una marca de cigarrillos muy especial.

Serge Douchy: Granjero y vecino de Blanc, más simpático con sus cabras que con las personas.

Paulette Aybalen: Vecina de Blanc, es una enamorada de sus hijas, de su pueblo, de sus caballos y del campo, y quizá también de alguien más.

Jean-François Riou: Vecino y mago de los vehículos a motor.

Bruno Micheletti: Propietario de unos viñedos muy escondidos.

Sylvie Micheletti: Su esposa, que no puede beber vino.

Charles Moréas: La Provenza es un lugar más bonito sin él.

Lucien Le Bruchec: Arquitecto con un secreto que ya no lo es.

Lukas Rheinbach: Pintor alemán cuyos cuadros están hechos añicos.

Marcel Lafont: Alcalde de Caillouteaux, un hombre con quebraderos de cabeza electorales.

Pascal Fuligni: Constructor y viejo amigo de Lafont.

Miette Fuligni: Su esposa, no muy feliz pero sí valiente.

Nastasia Constantinescu: Secretaria y algo más de Fuligni.

Gérard Paulmier: Veterano periodista al que todavía le gusta escribir.

Una vieja casa en la Provenza

Roger Blanc le dio una patada a una piedra y sobresaltó a un escorpión negro. El bicho, que era grande como su pulgar, arqueó el aguijón venenoso hacia arriba con aire amenazante; un segundo después ya había desaparecido entre la maleza. Bienvenido a casa, pensó Blanc.

Era capitán de una unidad especial de la gendarmería de París, un hombre de cuarenta y pocos años con ojos azul claro, vestido con camiseta negra, pantalones vaqueros y zapatillas de deporte desgastadas; un experto con tantos casos resueltos a sus espaldas que incluso a sus compañeros les resultaba intimidante; inquilino de un apartamento sobre los tejados del decimosexto *arrondissement* parisino; marido de una mujer maravillosa. O por lo menos así habían sido las cosas hasta el viernes anterior a las once y media de la mañana. Sin embargo, ya eran las nueve del lunes y su carrera había acabado en el contenedor de la basura, estaban colgando fotos de su apartamento en el escaparate de una inmobiliaria y su mujer se había ido a vivir con su amante. Había conocido semanas con un comienzo mejor.

El sol caía sin compasión sobre una desmoronada construcción de piedra marrón amarillento a más de ochocientos kilómetros

al sur de París. La localidad de Sainte-Françoise-la-Vallée era tan minúscula que la aplicación de navegación de su Nokia había tardado casi un minuto entero en calcular la ruta desde la capital hasta allí. La Provenza. Un nombre con resonancias maravillosas hasta que hacías zoom en el mapa. Sainte-Françoise-la-Vallée quedaba muy al sur; tanto que casi limitaba con la laguna de Berre. ¿No había por allí cerca refinerías y puertos petroleros? En cualquier caso no estaba muy lejos de Marsella, y eso era sinónimo de drogas y corrupción, además de desprecio hacia la central parisina.

Blanc había heredado de un tío aquella casa medio en ruinas del Midi hacía una década, pero hasta ese lunes solo la había visitado una única vez, cuando tendría unos cuatro o cinco años. Conservaba pocas imágenes en su memoria: una habitación estrecha, postigos de madera cerrados para impedir la entrada del calor del verano, los rayos de sol colándose entre las lamas de madera como un abanico de luz amarillenta que se deslizaba por las baldosas del suelo. Más claramente grabado en su recuerdo había quedado un sabor intenso: su tío, que le daba a probar una copa de *rosé* con una sonrisa. Él, muerto de sed, había tragado y no había percibido la acritud del alcohol hasta que ya era demasiado tarde.

Después de aquello, Blanc no volvió a visitar a su tío. Años más tarde pagó el impuesto de sucesiones sin protestar, pero solo porque ocuparse de la venta de una casa que no significaba nada para él le suponía mucho jaleo. Además, tenía demasiado que hacer. Siempre tenía demasiado que hacer, aunque quizá eso estuviera a punto de cambiar también. La propiedad era mucho más pequeña de lo que recordaba, y estaba mucho más deteriorada.

Se encontraba en el valle del río Touloubre y había sido una almazara en el siglo XVIII: una construcción de dos plantas que, como si fuera un paseante cansado, se apoyaba contra una pared

de roca viva que subía hasta unos veinte metros de altura. Muros de piedras talladas con tosquedad, tan gruesos como los de una fortaleza. Tejas de un ocre rojizo, desplazadas y rotas en muchos puntos. La exuberante hiedra silvestre trepaba por las paredes y por entre las rejas de forja de las ventanas y la puerta de entrada. Toda la madera había estado pintada de azul en su día, pero el color se había resquebrajado y quedado reducido a un gris deslavazado. Los postigos colgaban de sus bisagras oxidadas como velas hechas jirones. En el río, cuyo cauce recorría los límites de la propiedad, un agua verde botella fluía sobre las piedras cubiertas de musgo mientras las libélulas cruzaban en vuelo rasante los reflejos de la luz, como si fueran helicópteros en miniatura. Ante la casa florecían cardos y unas matas espinosas cuyo nombre Blanc desconocía. En el rincón del fondo crecía una anciana adelfa que llegaba hasta lo alto del tejado: una nube de hojas verdes y flores rojo sangre de perfume embriagador. Hacía ya tanto calor que las cigarras cantaban incansables desde los árboles.

El capitán rescató de su bolsillo una llave de hierro forjado que pesaba como un mazo, una pieza que cualquier museo de historia local habría exhibido en sus vitrinas. Cortó los zarcillos de hiedra que tapaban la cerradura con su navaja Opinel y metió la llave. Le costó un par de minutos y todas sus fuerzas conseguir vencer el mecanismo oxidado. Por lo menos no la ha reventado nadie, pensó. Respiró una vez más ese aire aromático, y después se abrió paso hacia la penumbra del interior.

El frescor de una vieja casa en ruinas. Olor a polvo, un aroma como a papel antiguo y arena. Ni siquiera la habían vaciado. Blanc entró en una cápsula del tiempo: una cocina con encimeras de mármol amarillento, una pila de cerámica antiquísima con su grifo de latón ya deslucido. Alrededor de una gran mesa de madera, antes pintada de blanco y ahora con el esmalte desconchado, había cinco sillas de formas diferentes. Después entró en

un salón con una mesita baja de los años sesenta, un sofá sobre el que yacía el cadáver momificado de un murciélago, una chimenea de piedra recubierta de hollín. En el dormitorio se encontró con un armario ropero de caoba estilo Imperio, un mueble por el que en París pagarían un dineral. Junto a él, una cama de matrimonio, de hierro y sin colchón. (En ella, según recordó entonces, había muerto su tío.) El cuarto de baño tenía una bañera enorme que se alzaba sobre patas de hierro fundido en forma de fieros leones. Una costra de suciedad recubría todo su interior, donde había también tres botellas de vino abiertas cuyo contenido se había evaporado hacía mucho.

Blanc prefirió no subir la escalera de piedra que llevaba a la planta de arriba. Regresó a la entrada, donde había un pequeño aparador con un teléfono gris de disco, y levantó el auricular. Sin línea. ¿Qué esperaba? Abrió la caja de fusibles que había allí al lado, dudó un instante y accionó el interruptor principal. En realidad esperaba oír el chasquido de los anticuados fusibles, provocar un chispazo o percibir el hedor a cables quemados, pero, en lugar de eso, la vieja lámpara del salón parpadeó y proyectó una luz amarillenta desde debajo de la capa de polvo que se había acumulado en la bombilla. De modo que al menos había corriente. De pronto le vino a la cabeza que, desde hacía años, todos los septiembrés le llegaba una factura de Électricité de France que él nunca había entendido pero que siempre había pagado. Por fin sabía de dónde era. Blanc sacó su Nokia. Sin cobertura; debía de ser por la roca que sostenía la pared trasera de la casa. Bueno, también tiene sus ventajas, pensó.

Volvió a salir al aire libre, agotado tras la última pelea con Geneviève, el largo trayecto nocturno desde París, el calor, el trabajo que le esperaba para volver a convertir aquellas ruinas en una casa habitable. Todas sus pertenencias se encontraban dentro del viejo Renault Espace verde. Lo había comprado con Geneviève cuando los niños todavía eran pequeños: un coche

amplio pero, por desgracia, tan propenso a declararse en huelga como un sindicalista de la CGT. Su mujer —su exmujer— le había entregado el vehículo hacía dos días. ¿Qué clase de coche conduciría su nuevo novio? No dejes que se te vaya la cabeza, se advirtió Blanc.

—¡Oiga! —Una voz agresiva llegó desde el otro lado del Touloubre—. Esa *cabane* no está en venta. ¡El dueño es un idiota de París!

—¡Yo soy el idiota de París! —contestó Blanc a gritos. En la orilla contraria divisó a un hombre canoso, aunque no muy mayor, que iba sentado en un tractor verde abollado y lo miraba con desconfianza. Tras él se alzaba una casa pintada de blanco pero sucia, de forma indefinible, apuntalada por unos andamios oxidados y sin tablones. Desde algún lugar llegaban los berridos de unas cabras. Debe de ser una granja, pensó Blanc—. Me he venido a vivir aquí —añadió con simpatía. Lo último que necesitaba era, encima, una trifulca vecinal.

El hombre del tractor era bajito y fibroso como un peso gallo.

—Cuando reforme la casa, no puede agrandarla —vociferó—. El municipio no lo permite. —Su voz estaba curtida a base de Gitanes; no se quitaba el cigarrillo amarillo de la boca ni para hablar.

—Tampoco es que piense construirme un hotel aquí —aseguró Blanc—. *Connard* —añadió a media voz—, imbécil.

El vecino gritó algo incomprensible volviéndose hacia su granja, donde por lo visto había alguien a quien no se veía. Después pisó el acelerador y se alejó entre los rugidos de su tractor.

Blanc dobló su cuerpo de casi dos metros de alto para meterse en el Espace y rebuscó entre el revoltijo de trastos que había en el asiento del copiloto hasta que una bolsa de deporte cayó al suelo y de ella se desparramaron varios CD y libretas. No era un hombre muy habilidoso, tenía los brazos y las piernas tan largos que siempre parecían meterse por en medio. Al fin encontró su gorra de béisbol azul desvaído con la inscripción de

«Nova Scotia». Había nacido en el norte del país, donde la gente sentía que debía disculparse con los desconocidos si pasaban dos días seguidos sin que lloviera; no le apetecía saludar a sus nuevos compañeros con toda la nariz pelada por el sol.

Nuevos compañeros... Era 1 de julio y todo francés que se preciara holgazaneaba desde hacía días disfrutando de las interminables vacaciones de verano, pero él tenía que presentarse en su nuevo destino.

—*Merde!*—maldijo, y dio un golpe contra el volante—. *Merde, merde, merde!*

El viernes anterior lo habían citado a las once y media de la mañana en la central de la Gendarmería, un edificio funcional, moderno y frío de la Rue Claude Bernard, en Issy-les-Moulineaux, al otro lado de la circunvalación de París. La citación procedía de *monsieur* Jean-Charles Vialaron-Allègre, antiguo alumno de la prestigiosa École Nationale d'Administration, diputado, secretario de Estado del Ministerio del Interior y uno de esos hombres del partido del Gobierno cuya ambición desmesurada no se saciaría hasta conseguir entrar en el Elíseo. Su despacho estaba amueblado con el mismo lujo lavable que la sala vip de Air France en París-Charles de Gaulle. El secretario de Estado rondaba la cincuentena, era delgado y tenía una mata de cabello gris que raleaba y llevaba adherida con gomina a su cráneo alargado. El traje a medida era de esos tan caros y discretos. Tenía una nariz parecida a la de De Gaulle y, como la cabeza se le balanceaba hacia delante y hacia atrás sobre el cuello fino al caminar, al capitán le recordó a una garza majestuosa.

Blanc aguardaba de pie y desfallecido de cansancio en el despacho de Vialaron-Allègre. Los últimos dos meses no había podido tomarse ni un solo día libre. Las pocas horas de sueño las

había pasado muchas veces en gendarmería, con el vade protector de escritorio que tenía frente a la pantalla del ordenador como almohada. Ese era el precio que debía pagar (el único, según creía aún entonces) por conseguir probar la culpabilidad del antiguo ministro de Comercio antes de que este pudiera hacer desaparecer todos los documentos incriminatorios. Era un asunto del pasado pero que aún no había prescrito: Francia había suministrado turbinas a Costa de Marfil para la construcción de centrales eléctricas durante los años noventa, y el Gobierno africano pagó millones de francos por ellas, pero muchos de esos millones no llegaron ni a las arcas del Estado ni a los promotores de las centrales, sino que acabaron en varias cuentas de Liechtenstein. Más adelante, esa considerable suma sirvió precisamente para costear la campaña del susodicho ministro cuando quiso presentarse a la alcaldía de Burdeos y conseguir un cargo bien remunerado en el que esperar la jubilación.

A ningún político le gustaban los policías que luchaban por destapar la corrupción, porque con cada escándalo tenían la sensación de que los golpes les caían cada vez más cerca. Por otro lado, el antiguo ministro en cuestión era un peso pesado del partido de la oposición, no era compañero del secretario de Estado y, puesto que las elecciones ya volvían a amenazar en el horizonte, tanto más aconsejable parecía señalarse como insoportable ante la opinión pública. Por eso Blanc esperaba que Vialaron-Allègre lo ascendiera: comandante de gendarmería. A su edad. No estaba nada mal.

—Enhorabuena, van a trasladarlo. —La voz del secretario de Estado rechinó como una tiza sobre la pizarra de una escuela.

Blanc, ilusionado y exhausto, tardó varios segundos en sentir cómo estallaba el significado de esas palabras en su cerebro.

—¿Adónde? —Él mismo se dio cuenta de que jadeaba como si acabaran de clavarle un rechazo en el hígado.

París era el centro del mundo, al menos para un gendarme que pretendía labrarse una carrera. También para un francés del norte que no quería tener que recordar nunca más la humedad y el musgo de su tierra natal. Que solo deseaba alejarse de aquellos adosados baratos venidos a menos y aquellas acerías enmudecidas. Olvidarse de esos pueblos donde los únicos que seguían teniendo trabajo eran los funcionarios de la oficina de empleo. De un mundo en el que la cerveza y los cigarrillos se habían convertido en propósito vital.

—Al sur.

El capitán sintió que la cabeza le daba vueltas. El Midi. Ma-fias. Provincias. El culo del mundo. Un cubo de la basura para cualquier carrera.

—¿Pretende quitarme de en medio?

—¿Quitarlo de en medio? —El secretario de Estado levantó las manos—. ¿Enviándolo a una de las regiones más solicitadas de Francia? ¡Por favor!

¿Qué tienes que ocultar?, pensó Blanc. ¿Estaría Vialaron-Allègre involucrado en el chanchullo de las turbinas? ¿Qué cargo ocupaba entonces? ¿Ya era diputado? ¿En qué comisión trabajaba? Demasiado tarde. Para millones de franceses el sur era un sueño; cualquier votante, si es que llegaba a interesarse siquiera por un detalle así, consideraría el traslado del agente anticorrupción Roger Blanc como una recompensa por los servicios prestados, no como un castigo. Muy sutil.

—¿Cuándo? —preguntó, esforzándose por mantener controlada la expresión de su rostro.

—De manera inmediata. Empieza el lunes por la mañana en la gendarmería de una localidad llamada Gadet. Por una vez algo diferente a París, ¿verdad, *mon capitaine*? Cerca de allí tiene usted una casita, según creo.

A Blanc le costó unos segundos interminables comprender de qué hablaba el secretario de Estado. ¿Cómo sabe este tipo lo

de la casa?, se dijo. Llevaba años sin pensar siquiera en aquella casucha que había heredado, y nunca le había comentado nada a ningún compañero.

—Bueno, pues volveré al despacho para llevarme todos mis documentos —murmuró entonces.

Lo dijo con la intención de que sonara a amenaza, como un último gesto de obstinación, un mensaje: «También he recopilado pruebas en tu contra; espera y verás». Sin embargo, si con ello había inquietado al secretario de Estado, este no lo dejó traslucir. La boca del hombre formó una sonrisa mientras lo escuchaba entornando sus ojos grises.

—Es probable que volvamos a vernos de vez en cuando —dijo, y le ofreció un apretón de manos formal, aunque sus palabras habían sonado a declaración de guerra. Cuando Blanc llegó a la puerta, añadió—: Seguro que su esposa también se alegrará de ese traslado a la Provenza.

Esa última frase sonó insultante, pero el capitán aún tardaría más de una hora en comprender su sentido.

Blanc introdujo la dirección de la gendarmería de Gadet en su móvil. La aplicación le mostró una carretera, un par de curvas, una rotonda, poco más de dos kilómetros y medio. Giró la llave en el contacto y, contra todo pronóstico, el Espace arrancó después de tan solo tres intentos. Puso el CD de Fredericks Goldman Jones que Geneviève le había regalado después de su primera semana juntos y avanzó hacia el gran portón medio caído que constituía la entrada a su propiedad. Al menos ya no tendría que soportar los atascos de París por las mañanas, pensó, y veinte metros más allá pisó el freno porque algo obstaculizaba la estrecha carretera comarcal. Frente a él, tres caballos de un blanco grisáceo miraban su coche con desinterés, casi como si no estuviera allí.

El capitán tocó el claxon. Uno de los animales relinchó y él dio otro bocinazo. Los caballos volvieron las grupas hacia el vehículo y Blanc se preguntó si no sería mejor rodearlos con el coche, pero su Renault estaba tan destartado que tenía todas las de perder. Alcanzó el Nokia del soporte del salpicadero e hizo zoom en el mapa. La única opción para llegar a Gadet era esa *route départementale*. Bajó la ventanilla.

—¡Os convertiré en salchichas! —gritó.

—Para hacer salchichas se usa burro, no caballo de la Camarga.

Blanc se volvió en su asiento. Junto a la puerta del copiloto había un caballo que le pareció medio metro más alto que los otros y en el que montaba con soltura una amazona. Debía de haber llegado campo a través. El capitán le echó unos cuarenta años. Se había recogido la abundante melena negra en una trenza prieta, y su piel estaba tan bronceada por las incontables horas pasadas al sol que jamás perdería ese tono. Llevaba mocasines, vaqueros y una vieja camiseta blanca con un corazón rojo y una inscripción que decía «Don du Sang».

—*Pardon*. A veces mis hijas se olvidan de cerrar la verja.

Señaló hacia un prado que quedaba medio oculto tras una hilera de cipreses altos al otro lado de la carretera. Junto a él se alzaba una casa construida con piedra rojiza ante la que florecían adelfas amarillas. Las buganvillas lanzaban sus cascadas rojas desde el balcón de forja de la primera planta.

—Entonces somos vecinos. —Blanc se presentó y bajó del coche dejando el motor en marcha por miedo a que el Espace decidiera no volver a arrancar en mitad de la carretera.

La mujer saltó del caballo con la ágil ligereza de una gimnasta.

—Paulette Aybalen.

El capitán le dio un apretón de manos y señaló hacia las ruinas de su propiedad.

–Voy a ocuparme de ese montón de piedras.

–Por fin vuelve a vivir alguien ahí. ¿Será su residencia de vacaciones?

Ha visto el 75 de la matrícula, pensó Blanc, el número de París, la placa de los idiotas. Pensará lo peor. Más me vale decirle ya toda la verdad.

–No, me han trasladado aquí –explicó–. A la gendarmería.

La mujer vaciló un instante, apenas un segundo de recelo que el capitán detectaba en casi todo el mundo cuando se enteraban de cuál era su profesión.

–¡Pues aquí seguro que no se aburrirá! –repuso entonces.

–Repartiré mis energías entre el trabajo y la reforma de la casa, aunque ya me han hecho llegar alguna advertencia en cuanto a una posible ampliación.

La sonrisa de Paulette se esfumó.

–Serge –dijo, y asintió con la cabeza–. Serge Douchy.

–Parece que le gusta hablar claro.

–Serge se pasea por toda la zona dando voces como si fuera un *clochard* borracho. Sus perros pastores se tiran la mitad de la noche ladrando, sus rebaños de cabras apestan que da gusto, esa casa cochambrosa no tiene los permisos en regla, saca agua ilegalmente del Touloubre con una bomba diésel asmática y dispara con su escopeta de perdigones a cualquier bicho viviente que tenga pelaje o plumas. Pero, por lo demás, es un buen tipo.

–Más o menos esa impresión me había formado yo.

–Pues veo que es usted todo un profesional. –Paulette volvió a reír–. Me llevo los caballos al prado antes de que acaben en la carnicería.

Blanc la observó, respiró hondo y percibió un olor penetrante.

–¿A qué huele aquí? –preguntó.

–«Allí fue donde vi por primera vez las matas de un verde sombrío que emergían del *baúco* y que semejaban olivos en miniatura» –respondió ella–. Es una cita de Marcel Pagnol

—añadió al ver su expresión de desconcierto—. A él le ocurrió lo mismo que a usted la primera vez que salió a los campos de la Provenza. Este aroma lo sobrecogió. Es el tomillo silvestre. Nos crece por todas partes bajo los árboles. Es muy bueno para la salud, y está delicioso.

Blanc, que los últimos años se había alimentado a base de cruasanes y *baguettes* gomosas, no sabía qué aspecto ni qué sabor tenía el tomillo. Asintió con vaguedad, solo por no quedarse allí plantado como un bobo.

—Ya me pasaré a darle un par de recetas a su mujer —dijo la vecina al darse cuenta de su ignorancia.

—Tendrá que enviárselas por correo. Mi mujer está en París.

Paulette Aybalen montó en su caballo sin decir nada más. Los otros tres animales, mientras tanto, ya habían llegado trotando ellos solos hasta el prado. Blanc no tenía ni idea de qué señal secreta de su dueña habían obedecido.

—Entonces se las daré a usted. Seguro que nos cruzamos a menudo por aquí.

—No volveré a mencionar las salchichas de caballo nunca más.

El capitán se sentó al volante y pisó el acelerador con cuidado para no espantar a los animales. Por el retrovisor vio que la amazona lo seguía con la mirada.

El aire se estremecía por encima de la delgada banda de asfalto de la carretera. En la radio se oía la voz de un locutor que advertía del riesgo de incendio en el Midi y recordaba la prohibición de tirar colillas o cristales en el entorno natural. Casi parecía una maldición. A lado y lado, la tierra estaba marrón y endurecida como pan seco. Blanc pasó junto a un muro levantado con piedras del camino y tras él divisó las hojas verde grisáceo de unos olivos jóvenes y los restos de una construcción que tal vez fuera en su día un establo o una granja minúscula.

Pinos y robles en una pendiente. Una hondonada repleta de hileras de vides.

Entonces vio un camión blanco y abollado que se acercaba a él... Iba a toda velocidad, y la carretera era tan estrecha que el capitán tuvo que echar su Renault al arcén de tierra para que no se lo llevara por delante. Soltó un taco, el Espace se sacudió y unas piedras sueltas crujieron bajo la rueda delantera derecha. La guantera se abrió de golpe y del interior salió volando un viejo cochecito de modelismo, un Opel Rekord de color verde. Blanc nunca se había visto capaz de tirar los coches de Majorette y Matchbox de su infancia. No los tenía expuestos en vitrinas, como hacían los coleccionistas nostálgicos; él simplemente los guardaba en cualquier rincón, y reaparecían en los lugares más inverosímiles antes de volver a perderse durante una larga temporada. Como ese viejo Opel. Un regalo de su padre.

Fue policía, como él, pero hacía ya mucho tiempo que había muerto: una ronda durante una patrulla nocturna, una mancha de aceite en una curva y el viejo R4 azul que por aquel entonces usaba la Gendarmería se estrelló contra un árbol y quedó aplastado como una lata de conservas. Su madre siempre había fumado mucho, y una semana después de que cumpliera los cuarenta el médico descubrió unas sombras en las radiografías de sus pulmones y le notificó el diagnóstico con frío pesar. Dos muertes absurdas en el transcurso de un año habían dejado huérfano a Blanc cuando aún era adolescente.

Más tarde estudió Derecho en París, porque después de la *maîtrise* quería ingresar en el cuerpo: École des Officiers de la Gendarmerie Nationale, en Melun. Durante su segunda semana en la universidad conoció a Geneviève, primer semestre de historia del arte. Ella era delicada y morena; él, grandote y rubio. Ella era del meridional Languedoc; él, del norte. Ella hablaba sin parar; a él le gustaba guardar silencio. A ella las películas de Éric Rohmer le parecían las mejores del mundo; para él eran

Valium. Ella fumaba Marlboro; él odiaba el tabaco. Ella disfrutaba copiando cuadros hasta altas horas de la noche; él prefería madrugar para empollarse el temario. No coincidían en nada. Eran la pareja perfecta.

Casi enseguida llegaron los niños, mucho antes que la boda, que no celebraron hasta bastante después, y más que nada como puro trámite. De repente Éric había cumplido veintiún años y estudiaba bioquímica en Montreal porque las perspectivas de empleo en Francia eran pésimas. Astrid tenía veinte y era organizadora de eventos en París, aunque Blanc no tenía ni idea de a qué se dedicaba uno en una profesión como esa. No podía ser gran cosa, porque la cuenta corriente de su hija era como un agujero negro. Su vida con Geneviève le había resultado tan natural como el respirar, así que precisamente él, el sabueso que en la gendarmería tenía el olfato más fino de todos, no había sospechado siquiera que ella se veía con otro desde hacía un año.

Sin embargo, el secretario de Estado Vialaron-Allègre debía de saberlo cuando, aquella mañana de viernes, lo había enviado de una patada al culo del mundo. ¿Habría previsto incluso cuál sería la reacción de Geneviève? Los gendarmes eran militares que se regían por la ancestral consigna del soldado: «¡Una orden es una orden!», aunque esa orden fuese desaparecer de París al cabo de dos días. Cuando Blanc regresó derrotado de Issy, su mujer escuchó lo que tenía que contarle y después le transmitió con calma que ella se quedaría en la capital, que hacía tiempo que quería hablar en serio con él y que ya había llegado el momento oportuno. Luego hizo las maletas. Desde entonces, Blanc había dormido como mucho cuatro horas y se sentía igual que un boxeador en el duodécimo asalto.

En el bosque, a su izquierda, vio unos destellos rojos y anaranjados: varios camiones de bomberos de los grandes estaban aparcados a la sombra de los pinos, y también había por allí

bomberos con el uniforme al completo, que solo se habían quitado el casco un momento para descansar. Algunos estaban sentados a una mesa de picnic de madera, desayunando, otros echaban una cabezada sobre el techo de los vehículos. Blanc no pudo evitar pensar en el aviso de la radio. En el Midi, los *pompiers* no pasaban la guardia en sus parques, sino en mitad del bosque amenazado. Qué listos. Él mismo estaría dispuesto a pagar dinero con tal de poder parar a dormir un rato a la sombra de los pinos.

Un poco más allá, detuvo el Espace con el motor en marcha entre dos árboles y se cambió de ropa. Lanzó sin miramientos la camiseta, los vaqueros y las zapatillas al asiento de atrás, se puso ese uniforme que le resultaba tan extraño y se ciñó la pistola a la cintura. Los gendarmes, por lo general, podían escoger si presentarse al servicio uniformados o de paisano. Desde hacía unos años, Blanc casi siempre llevaba ropa negra, de modo que su vestimenta de paisano también tenía algo de uniformidad. El primer día en su nuevo destino, no obstante, prefirió presentarse de uniforme: al ponérselo se investía uno de la autoridad del Estado y, así, se volvía un poco más invulnerable. Por último se caló la escasa gorra azul que llevaban los gendarmes. Muchos agentes habían protestado cuando, en el año 2011, se había suprimido el uso del quepis, pero con el antiguo tocado Blanc siempre se había sentido como un figurante de una película de Louis de Funès. Pisó el acelerador.

Giró en un cruce, vio un muro alto pintado de amarillo y, detrás, mausoleos y una capilla. La carretera entraba en el mismo Gadet: casas pequeñas de colores claros a ambos lados, una iglesia modesta en el centro, plátanos. Frescor. Cuatro bares, mesas en las aceras, aroma a café y cruasanes. Los clientes más madrugadores –varios campesinos, unos hombres de edad avanzada vestidos de camuflaje, un grupo de jóvenes que habían aparcado sus motos entre las sillas– siguieron su coche con la mirada. Dos

boulangeries, una carnicería, un minúsculo supermercado Casino, un bar con estanco. No se moriría de hambre. ¿Qué periódicos encontraría allí? Un polideportivo moderno junto a un pequeño río: el Touloubre, según leyó en un letrero. A la izquierda, la oficina de correos, que quedaba frente a la *mairie*, un palacete con aura de abandono estival. Tendría que esperar hasta el 15 de agosto para informar de su nuevo domicilio en el ayuntamiento y cambiar la matrícula del coche.

Por fin: la gendarmería. Una construcción achaparrada de dos plantas, hecha de hormigón y revocada en un amarillo anaranjado. Hileras de ventanas oscuras con barrotes, puerta de acero. Un ovni de los años setenta que no envejecía con la dignidad de los edificios tradicionales, sino que únicamente parecía venido a menos. Meadas de perro en las esquinas. Un movimiento tras la ventana que había a un lado de la entrada. Blanc aparcó el Espace junto a unos coches patrulla y respiró hondo.

Desde el puesto de guardia le devolvió la mirada un agente joven y con sobrepeso al que las manchas de sudor le oscurecían el azul claro de la camisa del uniforme. Blanc se presentó y le enseñó su identificación.

—Ah —se limitó a gruñir el agente, que no consideró necesario decirle cómo se llamaba. «Cabo Barressi», ponía en su placa—. El jefe está arriba. —Y señaló con su mano regordeta una escalera que había en la pared del fondo del vestíbulo—. Lo está esperando, ya le habían dicho algo de su traslado —añadió Barressi cuando Blanc puso un pie en el primer escalón.

—¿Cuándo se lo dijeron?

—El jueves por la tarde.

O sea que lo supo antes que yo, pensó con rabia. La escalera olía a un producto de limpieza muy fuerte que amenazaba con provocarle dolor de cabeza. Una vez arriba, se encontró en un pasillo con puertas de chapa pintadas de naranja a ambos lados: los despachos. Algunas estaban abiertas, otras cerradas. En un

tablón negro había hojas medio arrancadas con planes de turnos, anuncios de busca y captura amarilleados, circulares del ministerio, un par de fotos policiales y varias pegatinas. La máquina de café parecía estar fuera de servicio desde hacía tiempo, porque tenía una buena capa de polvo encima. De una sala abierta salía humo de cigarrillo. Calor. Al fondo del pasillo vio una puerta cerrada y una placa de latón con un nombre: «Commandant Nicolas Nkoulou». *Merde alors*, se dijo, y llamó dando unos golpes.

El despacho en el que entró era el más ordenado que había visto en la vida. La mesa de madera clara con vade protector de cuero y pantalla de ordenador negra parecía salida de un catálogo de muebles. En una pared había una estantería llena de expedientes rotulados con caligrafía meticulosa. La puerta quedaba frente a una ventana con cortinas amarillo pálido de pliegues pulcros. Un diploma enmarcado en dorado. Ninguna fotografía personal, ningún *souvenir*, ni baratijas, ni siquiera una taza de café.

Una silla de escritorio de cuero hacía las veces de trono del comandante más joven que Blanc había conocido hasta la fecha. Nicolas Nkoulou tenía treinta y cinco años a lo sumo, aunque su rostro sin arrugas le hacía parecer más joven aún. Su tez era de un negro ébano, y llevaba el pelo rizado tan corto que daba la sensación de ajustarse a su cráneo como un casco. Gafas elegantes de montura dorada. La camisa azul de su uniforme estaba tan impecable que casi hacía daño a la vista, y llevaba las pinzas de los pantalones de verano azul marino planchadas con precisión milimétrica. Zapatos de piel, relucientes.

—O sea que lo envían desde París —saludó Nkoulou, que se levantó de la silla con tanta pesadez como si le doliera moverse.

Blanc miró a su superior, contempló aquel despacho y supo que difícilmente podía haberle ido peor. Brillante. Ambicioso. Este quiere llegar a Issy, a lo más alto, pensó, y tiene miedo de que ahora yo le estropee su expediente sin tacha con una cagada de paloma.

–*Mon commandant*, me presento al servicio –dijo, y no supo si debía ofrecer un saludo militar con la mano en la frente, darle un apretón de manos o no hacer nada de nada.

Se decidió por dejar los brazos a los lados.

–De manera que es usted especialista en corrupción.

Blanc asintió.

–Aquí, en la Provenza, todo el mundo es corrupto.

Blanc volvió a asentir.

–Sin embargo, no se dejan atrapar.

Blanc ya no asintió más. Nkoulou se aclaró la garganta.

–Le presentaré a sus compañeros –anunció sin ningún entusiasmo.

El capitán siguió a su superior de despacho en despacho y fue encontrándose con una serie de rostros y nombres: un tipo bajito con la nariz rota y ancho de espaldas; un gigante con gafas de montura metálica que debieron de ser modernas cuando aún iba al colegio; una mujer de cabello castaño y entrada en carnes, con un Gauloise encajado entre los labios pintados de rojo. Esta última le ofreció el paquete de cigarrillos azul y arrugado deslizándolo sobre la mesa. Blanc, que no fumaba porque el cáncer había devorado a su madre, rechazó la invitación. Ella torció el gesto; no hacía falta ser experto en psicología para leerle el pensamiento. Dos hombres morenos que parecían hermanos y que cruzaron miraditas burlonas al verlo entrar. Una agente joven de melena castaña y larga que apenas levantó la vista de su iPad cuando se la presentaron. Y, por fin, la última sala de aquel pasillo, la que quedaba más alejada del despacho de Nkoulou: dos escritorios de roble de imitación junto a una ventana mugrienta y, sobre ellos, los dos ordenadores más viejos que el capitán había visto en toda la gendarmería. Eran dos enormes cajas grises, las únicas sobre las que todavía parpadeaban monitores aparatosos en lugar de pantallas planas.

—Su nuevo hogar —informó el comandante con cansancio—, y su compañero: el teniente Marius Tonon. —Lanzó una mirada desdeñosa al escritorio vacío de este, que estaba lleno de migas de cruasán—. A saber dónde se habrá metido.

—¿Hasta ahora no tenía compañero?

Nkoulou se encogió de hombros.

—No se deje influir por las habladurías de los agentes.

—Todavía no he oído ninguna.

—Ya vendrán a susurrarle, créame. «Ese Tonon es gafe.» Supersticiones tontas, chismes provincianos. Hace un año que dirijo esta gendarmería y nunca ha sucedido nada, pero no encuentro a nadie que quiera salir de patrulla con Tonon. Un agente de París era justo lo que necesitaba. Un espíritu independiente.

Blanc no estaba muy seguro de si el comandante pretendía alabarlo o mofarse de él.

—Nos las arreglaremos —repuso.

En ese momento entró un hombre de cincuenta y tantos años que, si había logrado superar la estatura mínima de 1,79 para entrar en el cuerpo de gendarmes, debió de conseguirlo solo gracias a unas alzas. Tenía las manos fuertes y cubiertas de vello, como garras de animal, y su cuerpo estaba embutido en un uniforme arrugado. Su nariz de patata era de un rojo violáceo, y llevaba el pelo negro y ralo todo desgreñado. Con él entró en la sala un olor que al principio Blanc tomó por una loción barata para después del afeitado, hasta que lo asaltó un recuerdo de la infancia: *rosé*. Lo normal era llegar a teniente a los veintitantos; si, treinta años después, seguías sin conseguir un ascenso era porque algo iba mal. Blanc estaba bastante seguro de que las habladurías sobre su nuevo compañero no eran del todo gratuitas. Estrechó su garra velluda y se presentó.

—Nos vendrá muy bien tener a un compañero del norte por aquí —comentó Tonon.